

El crudo hierro convertido en yambo,  
 La alada estrofa en que de Cleis la madre  
 Supo inflamar con férvidos amores  
 A bien trenzadas vírgenes lesbianas,  
 Y el són de Alceo, entre borrascas hórridas,  
 Al opresor de Mitileno infausto,  
 Todo, rey de la lira, lo abarcaste,  
 Pusiste en todo la medida tuya,  
 El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!  
 La concisión, secreto de tu numen.

Agosto, 1921.

LUIS MARIA MORA  
 De la Academia Colombiana.

---

## ORACION

PRONUNCIADA EN LA FIESTA DE LA BORDADITA EL 9  
 DE OCTUBRE DE 1921

*Ego mater pulchrae dilectionis et timoris  
 et agnitionis et sanctae spei. In me gratia  
 omnis viae et veritatis; in me omnis spes  
 vitae et virtutis.*

Yo soy madre del amor hermoso, y del  
 temor y de la ciencia y de la santa espe-  
 ranza. Por mí se alcanza la gracia de  
 conocer la verdad y de atinar con el ca-  
 mino que va a ella.—ECCLO. XXIV.

Excelentísimo señor Presidente de la República.  
 Ilustrísimo y Reverendísimo señor Rector.  
 Respetable Claustro.  
 Señoras. Señores:

Hay actos solemnísimos en la vida del hombre an-  
 siosamente esperados durante mucho tiempo que al llegar  
 el instante de gozarlos no pueden saborearse como pen-  
 sáramos, porque el temor no nos deja y el miedo nos  
 domina por completo. Es aquello de la copa traidora  
 de los placeres, de que nos habla el poeta, en cuyo  
 fondo hay un grano de acibar que amarga el contenido.

Y uno de esos momentos es para mí el presente. Porque predicar el sermón de la Bordadita es para el predicador bogotano timbre de gloria altísimo y meta de sus aspiraciones. Y si el sacerdote es rosarista, y si está unido a este Claustro venerando por vínculos atávicos, y si en esta misma capilla y al pie de esta misma imagen, bordada por manos reales, columbró por vez primera el santuario de sus augustos ideales e hizo el propósito de dejarlo todo por servirlos, ah! entonces, señores, no hay palabras que puedan ponderaros lo que el sacerdote siente al ocupar en la fiesta que aquí nos congrega la cátedra sagrada.

Por eso cuando el varón insigne e ilustradísimo Prelado que preside esta casa, queriendo aumentar la deuda de gratitud que con él tengo contraída desde hace muchos años, me hizo el honor altísimo de encargarme la Oración de la Bordadita, no he de ocultaros, señores, que sentí inmenso regocijo y alegría imprudentísima.

Imprudentísima he dicho; porque cuando en la soledad de mi estudio principié a evocar en la memoria el recuerdo de estas solemnidades, la talla de los predicadores de otros años, la calidad del auditorio; y cuando al ir a consultar mi bagaje literario me encontré paupérrimo; os aseguro, señores, que toda mi alegría trocóse en cruel congoja que no me ha dejado ni un instante. Y si a todo esto se agrega que el año anterior ocupasteis vos mismo, Ilustrísimo señor Rector, la cátedra sagrada, os confieso sinceramente que me admiro de cómo he sido sobrado audaz para presentarme ante vosotros y dirigiros la palabra.

Pero me quedan dos consuelos: que sois cristianos sinceros que recibís con respeto profundo y verdadero aprovechamiento las enseñanzas divinas, cualquiera que sea el conducto por donde el Espíritu Santo os las comunique; y que el tema que voy a desarrollar es tan

importante en estos tiempos de burdo materialismo, que pronto, seducidos por su importancia, dejareis de poner mientes en el desaliño del estilo para fijarlos en la grandeza del asunto.

El alma humana, soplo de vida salido de los labios creadores en el principio de los tiempos, es inmortal y dotada por ende de todas las perfecciones que a la inmortalidad le corresponden.

Y una de esas perfecciones inherentes a nuestro espíritu es la sed de ideal que lo devora.

El corazón del hombre no se harta ni se satisface con las cosas terrenas: diríase que en el paladar de nuestro espíritu quedó como un sabor de eternidad que no le deja gustar de lo que es perecedero y caduco.

Por eso hasta los seres más abyectos y materializados se forjan allá en su fantasía un ideal más o menos grande, más o menos noble, tras del cual corren por entre abrojos y espinas mientras dura su peregrinación sobre lo tierra.

Fijáos en lo que sucede a todo instante y en lo que ha sucedido desde el principio de los tiempos.

A ese valiente militar que pugna con denuedo, que pasa sobre las huestes enemigas dejando marcado su camino con humo, sangre y lágrimas, ¿quién le da fuerzas para correr tras la victoria, quién lo anima en las horas de desaliento y de cansancio? Un ideal: la gloria!

Y a ese marino que lucha contra la furia de las olas y la ira de las tempestades y domina los elementos ¿qué lo sostiene y le da bríos y pujanza, sino un ideal, una cara sonriente que lo espera en la playa, que gozará inmensamente con sus triunfos y a cuyas plantas depositará los laureles ganados y el botín que le corresponda?

Y ese artista de mirada soñadora y lánguida que lleva en sus ojos «la melancolía irremediable de las almas que han encontrado el mundo inferior al pensamiento,» como dijo uno de nuestros poetas verdaderos, ¿de dónde saca la fiebre de inspiración que lo posee, como el Pitón a las Sibilas bíblicas, y lo lanza irresistiblemente a la obra que bulle en su cerebro en gestación penosa, como si deseara recibir pronto el contacto de la materia que ha de perpetuarla al través de los tiempos? De otro ideal: de la belleza suprema que jamás encuentra y de la cual sólo descubré un como a manera de reflejo en las obras de la creación terrena.

Y hasta ese hombre material y prosaico que jamás quemó el incienso de sus adoraciones ante un ídolo más noble que el becerro de oro ¿por qué trabaja desde la mañana hasta la noche, por qué no duerme pensando en atrevidas combinaciones mercantiles, si no es porque allá en el piélago de vulgar materialismo que inunda su cerebro surge, como la estatua de la diosa de la cloaca inmundada, el ideal relativo de una vejez tranquila y sosegada?

¿Quién, sino el ideal, en la forma de una tierra privilegiada entre todas las naciones del planeta, llevó al pueblo del Señor al través del desierto y por el lecho seco del Mar Rojo?

¿De dónde, sino del ideal de un Mesías esperado, sacaron su autoridad los jueces y los reyes, sus consoladoras esperanzas los Profetas, su fidelidad los Patriarcas, y Job su resignación y su paciencia, y Judith su audacia y Jeremías los quejumbrosos trenos de su desolación y su quebranto?

Y ¿no fue la corona de un mundo la que aparecía en ensueños de grandeza como ideal supremo en las noches insomnes de Alejandro y César y en los días gloriosos del infortunado proscrito de Santa Helena? Y en

los tiempos modernos ¿no fue esa misma corona la que turbó con un delirio de ambición y mando el entendimiento del emperador germano, hasta rodar entre el lodo formado por el polvo de las ruinas de Europa y la sangre de una generación entera?

Y a los eremitas de la Tebaida, y a los mártires del Circo, y a las vírgenes de los claustros, y aun a nosotros los sacerdotes ¿qué nos ha movido a nuestras heroicas empresas, qué nos ha sostenido en la triple batalla contra la carne, el mundo y el demonio, sino el más grande y el más sublime de todos los humanos ideales, la gloria eterna, la posesión absoluta del Bien Sumo y del Amor más alto?

Sí, señores, el hombre necesita de ideales, de ideales nobles y levantados, que toquen su frente con lampos de esperanza, y desvíen su mirada de los cardos y abrojos que pudieran detener a la humanidad en su carrera, si un ideal no la impulsara a seguir adelante, hasta escalar las alturas de la montaña santa.

Y de todos los imperativos que solicitan el corazón del hombre y lo torturan, el más profundo, así como el más noble, es, sin duda ninguna, la necesidad de alcanzar el ideal que ha entrevisto mientras las sombras del ensueño.

Mas fijáos bien, señores, en la aparente contradicción que en el enunciado mismo de este problema se presenta.

Porque si se trata del ideal verdadero, de aquel que satisface y sobrepaja todas las aspiraciones del corazón y todos los delirios de la fantasía, cuanto más perfecto se le concibe, menos accesible se le encuentra.

Y si, por el contrario, para poner el ideal al alcance de nuestras manos, lo hacemos descender desde esa altura a donde jamás podrán llevarnos nuestras débiles alas, al tocar con la tierra parece como que, materializándose, dejara ya de ser el ideal que perseguíamos. 4

Y esta aparente contradicción que se encuentra en la inmensa variedad de todos nuestros deseos, en ninguno se hace sentir tan manifiestamente y tan desesperante como en el más noble y el más puro: en la persecución del ideal moral.

Pues bien, señores: hay una solución satisfactoria para este enigma al parecer inexplicable.

Para encontrarla no escrutéis el abismo de vuestros propios seres, ni interroguéis la historia de nuestro linaje, porque sólo encontraríais espesas sombras. Levantad vuestra vista de la tierra, dirigid vuestra mirada al cielo, y allí hallaréis la clave del misterio. Allí encontraréis esa Creatura que es la suma y el compendio de todas las posibles perfecciones, la única que puede presentarle al corazón humano el ideal supremo que lo subyugue y lo captive.

Y de esa Creatura perfectísima; de ese ideal augusto y venerable; de esa Reina y Señora que vosotros llamáis con un nombre familiar, caro a todo corazón de rosarista, de esa Madre que fue confidente de los grandes ensueños que engendraron la Patria y consejera de nuestros sabios y nuestros libertadores; de esa Bordadita que ha escuchado con maternal benevolencia las ambiciones juveniles de cincuenta generaciones de estudiantes; de esa Virgen bendita vengo a tratar en esta fiesta.

Ya tenéis esbozado el tema que me propongo desarrollar ante vosotros, tema digno por su importancia y su belleza de tan selecto auditorio y de expositor más diestro y avezado.

El hombre necesita de un ideal perfecto y definido, que sea como el eje en torno al cual gire su existencia entera. Y ese ideal se encuentra en Nuestra Señora. Ahí tenéis las dos partes de mi discurso.

## I

La concepción del ideal es, señores, una ley imperativa no sólo de nuestro entendimiento sino también y principalmente del corazón.

Una ley imperativa he dicho, y es necesario que su imperio sea grande para que pueda resistir las injurias de la experiencia.

Porque ¿se trata del ideal que sueña el entendimiento? Pero ese ideal, ¿dónde se encuentra? ¿Será acaso en alguna obra de nuestras propias manos? Preguntádselo a los artistas. Lo que los hace grandes a los ojos del hombre, es precisamente lo que los hace desgraciados. Por mucho que sea su genio, por extraordinaria su habilidad y maestría, jamás podrán llegar a encerrar en la nota, a grabar en el mármol o a estampar en el lienzo lo que sus ojos vieron, o, mejor dicho, lo que tan sólo alcanzaron a vislumbrar allá entre sombras. El ideal pasó como un relámpago delante de su mirada atónita, y cuando sus ojos quisieron ver y darse cuenta la aparición se había desvanecido.

«Las artes no son un placer, son una necesidad del alma dolorida; son el grito de nostalgia que el espíritu lanza en el destierro;» gime con desencanto sumo el artista genial que lleva la bandera del ideal purísimo en una de nuestras joyas literarias modernas.

Ni siquiera la música, que es de todas las artes la más pura, porque nada de terreno copia, porque baja del cielo original e intacta y entona sus himnos misteriosos flotando en el espacio y antes de que el polvo vil de la materia le empañe la orla de su manto vuelve a perderse en las alturas, ni siquiera la música realiza el ideal soñado del artista. Por eso cuenta la leyenda que cuando el inspirado autor del *Parsival* quiso encerrar en las teclas inertes de su clave las celestiales armonías que su oído inspirado percibiera en los aires, al ver la

impotencia de su arte, cayó desalentado, golpeando furiosamente el instrumento, como el artista griego, que no pudo cincelar como deseara las manos de su estatua.

¿Dónde encontrar, entonces, la realidad de ese ideal soñado solamente? ¿Quizá en la naturaleza? La naturaleza es bella en verdad, y con hermosura sobrehumana que nosotros jamás hubiéramos creado. Pero la naturaleza, señores, no es más que un símbolo. La naturaleza atrae el pensamiento humano, pero no lo cautiva; sino que lo lanza allá, hacia ese mundo misterioso donde se elaboran las leyes y del que el orden desciende sobre el planeta para regirlo y conservarlo.

Y si se trata no ya del ideal soñado por el entendimiento, sino de aquel otro ideal que el corazón presente, entonces, señores, entonces sí que la crueldad de la experiencia se hace sentir en toda su realidad y su crudeza.

En el mundo moral, en el mundo humano, que es el único abierto a nuestras comprobaciones, el ideal se deja entrever tan solamente. A la manera de una oculta divinidad encargada de ennoblecer la vida de los hombres, el ideal adormecido, apenas de cuando en cuando se despierta, allá cuando el contacto con las groseras realidades de la existencia viene a turbarle su letargo.

Y entonces si sentimos sus manifestaciones interiores, cuando en presencia de las cobardías del egoísmo, de las indignidades de la traición, de las ruindades de la avaricia o de las asquerosidades del sensualismo; hay algo que en nosotros se rebela, y grita y lanza su protesta desde el fondo mismo de nuestras almas; hay una voz que clama con desprecio sumo: ¡valgo más que todo eso, porque yo soy capaz de buscar el bien, el deber, el heroísmo, aun cuando tenga que despedazar mis carnes y dejar mis vestiduras a girones en los zarzales del sufrimiento, de la privación, del sacrificio!

Y al escuchar este grito de protesta del ideal, la conciencia humana salta de gozo y noble orgullo, porque cree descubrir en sí misma el tipo de la belleza moral más acabada.

Ah, señores: aquí viene la dura lección de la experiencia. Cuando aún no han acabado de extinguirse en los abismos del alma los ecos de ese grito de protesta que el ideal lanza contra las desalentadoras realidades de la vida, ya la emoción ha dejado apagar su fuego purificador y luminoso, el ardor se ha extinguido y otra vez la ominosa vulgaridad de la existencia nos ha sumido en su letárgico marasmo. Y así el que ayer sentíase héroe, hoy empieza a experimentar las increíbles complacencias con las debilidades que ya creía vencidas. Ahí tenéis el triste testimonio de la experiencia.

Y a todo esto ¿qué dicen los que se llaman sabios, qué dicen los modernos pensadores, que con las alforjas vacías de todo conocimiento filosófico, lánzase atrevidos a buscar el paraíso perdido de la ciencia?

Ellos, señores, han de dar la razón a la experiencia, y adormecidos por el opio letal de su materialismo, en la lucha secular entre la religión y la incredulidad, nieganse a tributar adoración a la belleza eterna y tienen que rendir culto sistemático a la nada postrera.

Para ellos lo que existe no puede ser perfecto ni lo que es perfecto existe. ¿Qué hacen con Dios entonces? «Si queréis un Dios perfecto, nos dicen, nada se opone; pero entonces tenéis que conformaros con que no esté en ninguna parte, ni antes del mundo para explicarlo y producirlo, ni sobre el mundo para moverlo y gobernarlo, ni siquiera por debajo de él, como el dios mitológico, para llevarlo y sostenerlo. A lo sumo podréis buscarlo por delante de todas las cosas, como el término y fin hacia el cual tienden, pero término inconstante y vago, imagen flotante que se ignora a sí

misma hasta que sea reflejada en un cerebro que al reproducirla la desfigura.» «Y si ese Dios vaporoso no os basta ni os satisface, entonces.... venid resueltamente con nosotros a rendir vuestras adoraciones a la materia. Guardad vuestro incienso y vuestra mirra para esta divinidad palpable que gana en realidad lo que en ideal pierde.»

Así hablan, señores, estos maestros del entendimiento humano contemporáneo. Y si de tal modo tratan la perfección metafísica, por qué habían de guardar mayores consideraciones a la perfección moral?

La perfección moral habita, según ellos, en el reino de la quimera. «Enseñad la moral, nos dicen, bajo su aspecto artístico; mostrad a los hombres héroes teatrales sin desfallecimientos ni vacilaciones; o si pretendéis dar reglas de conducta, acomodáos a las exigencias de los hechos, conceded la razón a los apetitos e identificad la ley con el instinto.»

Pues bien, señores: esa solución no nos satisface, no puede satisfacernos. Nosotros jamás admitiríamos ni esas criminales complacencias ni esa ignominiosa barraganía entre la ley moral y los apetitos de la materia.

No es eso, ni mucho menos, lo que la humanidad reclama como síntesis de las morales prescripciones.

El hombre por pequeño, por pobre, por impotente, por proclive e inclinado que sea a las seducciones de la materia, tiene sin embargo razón en obstinarse en su fe en el bien, tiene razón al huir de lo que engaña su esperanza en una realidad invisible que asegura ese bien que es anhelo del corazón humano.

Pero para que la humanidad tenga la seguridad y la firmeza que son indispensables, es necesario que ese sér invisible se revele, es necesario que el ideal se acerque, es necesario que el infinito se aproxime, y que aquí mismo en su destierro, pueda hallar en algo la

alianza tan deseada de estas dos cosas: la realidad que lo sostiene y nutre y el ideal que lo fascina.

## II

La filosofía cristiana responde, señores, a esta doble necesidad de nuestros corazones, porque reposa toda ella, como sobre base incommovible, en la armonía sublime entre la realidad y el ideal.

El Dios de los cristianos es al mismo tiempo el Dios perfecto y el Dios vivo, que como si temiese que el linaje humano dudase de su realidad un solo instante y lo tomara por un fantasma como al Maestro Divino los discípulos, se le aproxima y le dice como a los pescadores del Tiberiades: *Confidite. Ego sum*. No temáis, que soy yo en la realidad de mi Cuerpo y de mi Sangre.

El Cuerpo y la Sangre de Dios, la unión hipostática, la encarnación; palabras todas estas diferentes, pero interpretaciones todas de la fórmula fundamental del cristianismo: Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Verdadero Dios en la perfección de sus virtudes, en la sublimidad de su doctrina, en la omnipotencia de sus obras, y, sobre todo, en la infinidad de su amor para con el hombre. El pesebre, la cruz, la Eucaristía ¿no son palabras éstas que nos convencen de la divinidad de Jesucristo mejor que todos los argumentos apologeticos? ¿No es necesario ser Dios para inventar cosas tales?

Pero al mismo tiempo Jesucristo es hombre verdadero: los dolores imponderables de su pasión y la realidad afrentosa de su muerte, estigmas son que denuncian la humana naturaleza, como la marca infamante pregonaba la humilde condición del esclavo. *Non est alia natio tam grandis quae habeat deos appropinquantes sibi*.

Pues bien, señores: ese ideal que se realiza con realidad maravillosa en la persona de Jesucristo, es necesario que de algún modo también entre los hombres

se realice. Jesucristo es la cabeza, nosotros los miembros, ¿cómo habrá de comunicarse la perfección de Dios a la creatura?

Apareced ya, oh signo divino, que en apocalípticas visiones apareció en el cielo; apareced ya, oh escala de Jacob por donde la divinidad va a descender hasta la tierra de la humana naturaleza y el hombre va a subir hasta el trono mismo del Altísimo; apareced ya, oh Mujer perfectísima, oh Virgen sin mancha, que con ser descendiente de los prevaricadores del paraíso, no tuvisteis mancha de pecado y sí saciedad de gracia.

En Ella tenéis, señores, el tipo perfecto del ideal humanizado, en Ella se realizan los designios de Cristo con respecto a su Iglesia, descritos por San Pablo en su carta a los de Efeso, porque no tiene mácula ni arruga ni defecto alguno por el estilo, sino que se presenta ante los hombres adornada con la eterna belleza que refleja sobre su frente la belleza del Hijo; inmaculada y pura con la plenitud de la gracia y el esplendor de la verdad increada.

En esa Virgen, jóvenes rosaristas, en esa Bordadita, encontraréis cuanto anhelan vuestros corazones entusiasmados, cuanto sueñan vuestras imaginaciones de poetas, cuanto buscan vuestras inteligencias de enamorados de la ciencia: bondad, belleza y verdad eternas e inmutables.

Si la humanidad en vez de buscar sus ideales entre el polvo seco y calcinado de la tierra, pone la vista en alto y busca entre los purísimos reflejos que irradia Nuestra Señora, irá como esos soñadores de que nos habla el poeta, que, peregrinos del reino de la luz verdadera, pasan por la tierra indiferentes a todas sus maldades, ajenos a todos sus dolores y sin manchar sus sandalias de impoluta blancura con el barro de sus caminos.

DR. RUDESINDO LOPEZ Y LLERAS

capellán militar.

Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico